

e influencias; los escudos señoriales, con largueza aventados a la codicia de los criollos que anhelaban injertarse al tronco añoso de la monarquía; en fin, la convicción honrada, estática y profunda de que un destino superior deparaba el mundo conquistado al absoluto dominio del descubridor a quien en grata hora prestó el Austria la simbólica empresa que dijo por medio de las cinco vocales: «Toca al Austria regir el orbe de la tierra».

Erguábase Bolívar al frente. Encarnaba el fuero integral de la patria americana. Traída a surco propicio la ibérica semilla, germinó pródigamente, profundizó raíces en tierra suave y fértil, sacó fuera y levantó hacia el éter su erguido mástil, flexible como un junco, recio y tenaz como el acero, que abrió su abanico murmurante a todos los vientos del espíritu; supo oír la tormenta que venía de lejos, y desde la pampa sin límites desafió en su ya probada confianza contra los huracanes a lá pesada, roída y secular encina de Garnica. Y desde aquella hora fué nuestra palmera el vivo signo de la suficiencia que se basta a sí propia; la personificación de la llanura que se cansó de ser hollada; la meta que señaló al centauro americano, una carrera de imposibles, el penacho ondulante que evocará de siglo en siglo el victorioso casco de los llaneros redentores.

Pugnan en San Mateo dos leones de la misma camada, dos rocas enhiestas habituadas a quebrantar el ímpetu de las mismas olas; ante el tozudo asturiano está de pié el vasco rebelde. Sólo que aquél se alumbra a los fulgores de un sol occiduo, y el americano aparece rigiendo el carro de la nueva aurora. Es el preciso instante en que un cambio de la temperatura universal muda en sonoro granizo el vapor impalpable. El problema ya no es de política sino de mecánica. Ocho mil guerreros que alienta Boves, amagan, cercan y fulminan contra los dos mil tan sólo que influye y alimenta y conforta y centuplica el Padre de la Patria. Cuarenta días y cuarenta noches de brega incierta y varia. Se ha realizado lo imposible. Por un milagro de confianza y valor, la palanca de la fe ha hecho traición al centro inexorable de la gravedad. Aquel campo glorioso va a ser florón mirífico que cerrará la corona de triunfo o el hachazo brutal que separe, no se sabe para cuánto tiempo, el infortunio, de la gloria.

Villapol y Campo Elías se superan a sí propios; el Libertador a semejanza de los dioses homéricos, baja al campo a pelear en medio de los hombres y hay un instante en que, evocando sin duda al rebelde de la segunda república romana, se deshace de su cabalgadura para correr mano en mano, al peligro que amenaza a sus conmitones. Aquel hombre aquilino, que otea los horizontes, ha sondeado la profundidad de la sima, si el hado le es adverso. Inquiétale la desproporción en la lucha: son dos contra ocho. Es el choque trascendental entre las centurias que afirman y el minuto que niega. Pero el héroe tiene fe en sí mismo. Siente hervir dentro de su sér aquel *motus ab intrinseco* de que nos hablara, en fórmula que vivirá, el ángel de la escuela. Mas, ¿qué vale esa conciencia en frente del dolor circunstante, de la desproporción desanimadora, del cálculo egoísta, de la humanidad que pesa probabilidades para decidirse en la acción; de la flaqueza de nuestra ralea que, por mirar siempre a la tierra; levanta los ojos hacia arriba? Esos segundos de intensidad milenaria en que el vidente mira comprometida su obra ante la ceguedad ambiente, son el crisol del genio, el Getsemaní torturante en que hasta las mismas sienes de un Dios brotaron sangre? ¿Quién podría medir en aquella hora desolada la angustia de Prometeo atado a la impasible roca desde donde veía—con el buitre inmisericorde pegado a sus entrañas—ardiendo el fuego que él se robó para los hombres? Y hubo un segundo en que el alma del Libertador experimentó la inconsciencia en el vértigo del que desciende hacia el abismo. Mil soldados de Boves a rítmico paso triunfal corrían hacia el Arca que encerraba toda la fe, todo el amor, la confianza toda de los gestadores. Un momento de pausa. No sé si en él se detuviese el sol, mas es lo cierto que en aquella breve intermitencia de la vida ideal, la Gloria, que traía una guirnalda, paró sus vuelos. Bolívar, que esperaba, se concentró en sí mismo, cerró los párpados y aguardó. Se hizo un silencio angustioso de noche. Densa nube llenó los horizontes; insinuóse tras ella vaga claridad, y dentro de aquella mancha tenebrosa, apareció vivo el fulgor que fue creciendo hasta tro-

carse en sol: el sol de Carabobo, de Boyacá, de Pichincha, de Junín, de Ayacucho, el sol de América. ¿Quién realizó el prodigio? Mirad al héroe imberbe que desde aquella eminencia escuda con sus brazos el mismo corazón de Colombia, la grande, la magnánima, la sublime, la creadora, la eterna.

Evocad, si podéis, al héroe que al volar gritó: «Hágase la luz», que alumbró el caos y mostró delante de la América subyugada un paraíso de ilusión y a su creador, que lo llenaba. Vino en seguida el infortunio; mas ¿qué significaba él ante el Libertador, fundido ya el metal incombustible por el mártir de Leyva o Santa Fe—no sé decirlo—en la hornaza de San Mateo? ¡Oh Santa Fe, que creíste sin ver y admiraste antes que nadie la grandeza del mar y adivinaste al genio!

Hé ahí al héroe que hundió el propio acero en el vientre de la bestia al rodar abrumado bajo la brutal pesadumbre de que nos habla el Libro. ¿Quién lo recordará? ¿Quién lo exaltará? ¿Quién valorará su inmolación generosa? Labios sacrílegos aventaron sobre él un día las odiosas nubes que, en la hora de nona, aparecen veladoras, para cubrir las glorias del sacrificio. Contra tal desacato se alza una voz consagrada e irrevaluable: la voz de Bolívar, la del hombre que no mintió jamás.

La emoción cariñosa de Colombia entera y el celo diligente de un grupo de patricios erigen hoy, en consorcio feliz con un artista inspirado y noble, esta pirámide consagrada. Asíéntase ella sobre rocalla viva, desprendida a la fuerza, del Ande original, como nativa sustentación del basamento regular que brindó espacio al escultor para que releva en líneas sobrias, bellas y precisas una teoría de figuras indígenas que, en rendidas actitudes adorantes, pregonan la virtud del sacrificio y la esperanza vivificadora en el sol que habrá de levantarse. Rodead en giro rápido el historiado pedestal para admirar en él la indecible tortura que la piedad del artista se empeñó en disimular con armonía, de la raza irredenta que, en pugna con la otra, fue cediendo hasta que por inexplicable afinidad selectiva se aligó con los vencedores, ostentó una firmeza que originalmente no tenía, creó el sustitutivo de la renovación en que se alzara después la columna supérstite, formada de dolor ancestral, de injertada nobleza y de aquel idealismo generoso que plugo a Dios poner en el corazón de todos los aristos. Bogotá plasmó al héroe y quiere tenerlo de frente, hallarlo a toda hora en el diario vagar de labor o descanso. Ella quiso que el hijo prodigioso que nutrió en sus entrañas fuese contemplado a espacio por los que llegan desde el norte hacia donde señaló, para orientación definitiva, aquella su divina brújula de la fe y el valor. Los peregrinos del septentrión hallarán un vestíbulo que los prepare a la vista del héroe epónimo. Nadie pasa sin inclinarse reverente ante las dos figuras que custodian la entrada: el heroísmo y el sacrificio.

¿Qué os dice aquel mancebo de cabeza retadora ante el imposible, y ojos de mirada perforante en la vaguedad del porvenir? ¿No admiráis aquellos músculos atléticos que proclaman la certidumbre de la realización, inactivos ya delante del destino incontrastable? Dejad vagar la pupila desafiadora en la soberbia de la testa erguida, mientras se dobla la rodilla donde acaba de ser rota la espada ya inútil, gesto de aceptación que prepara para el sacrificio. Idéntica vitalidad en éste. Sólo que la cabeza ya no desafía; la pupila, sometida por la fatalidad, mira hacia abajo, a la tierra, al presente en que va a efectuarse el holocausto. Allá ruge la voluntad dominadora, mientras que calla aquí la libertad que se resigna.

Sometido el reino superior, el cerebro que piensa y el corazón que ama, mantiene el Sacrificio la misma actitud que el Heroísmo, doblada la rodilla vencedora del espacio en la flexión de quien voluntariamente detuvo su carrera.

Son esos los momentos en que se bifurcó el heroísmo de Ricaurte. No levantéis los ojos al otro plano en que le conduce la Inmortalidad, sin volverlos al sitio fronterero a la Ciudad, donde el héroe vivo, abre los brazos redentores de la democracia para ser clavado sobre una cruz que no se ve, pero que tiende amorosamente sus antenas protectoras delante de la propia madre, la Patria que él defiende. No olvidéis que en San Mateo se erguía un monte que se bañó de sangre y que, de antiguo, se apellidaba en el